

EDMUNDO
RIBADENEIRA

MIGUEL ANGEL Y LA MELANCOLIA

La Edad Media ha pasado por ser una época de muerte, de oscuridad, de receso, todo lo negativo que se quiera, tomando en cuenta el esplendor inmenso de la Antigüedad greco-latina. Evidentemente, la Edad Media trajo consigo el feudalismo y el dogma religioso. El castillo reemplazó a las ciudades, el desprecio del hombre ocupó el lugar del humanismo.

Los pueblos occidentales, sin embargo, sentían por la Antigüedad Clásica una extraña fascinación, pero al mismo tiempo tenían de ella una idea muy sui géneris. Inclusive, ciertos monarcas se empeñaban en copiar o incorporar a sus sistemas de gobierno formas inspiradas en el mundo antiguo, cuya aplicación, sin duda, resultaba un poco o bastante caprichosa.

Las letras latinas y griegas despertaban más aún el interés de la cultura medieval, pero en función de los inevitables errores. Por ejemplo, en un extracto falsificado llamado **Dictys y Dares**, Homero aparece como autor de libros de caballería. Virgilio asoma como un mago y Ovidio como uno de los padres de la Iglesia, en tanto Trajano resulta ser un príncipe cristiano.

En materia científica la ignorancia era igual. Aristóteles era conocido a través de sus comentadores árabes y Platón por intermedio de fragmentos totalmente arbitrarios.

Con respecto al arte, la Edad Media no fue menos estrecha y atrabiliaria. En efecto, muchas de las obras artísticas, sobre todo esculturas, fueron destruidas por disposición de la Iglesia, condenadas como obras diabólicas.

Para la Iglesia el cuerpo humano entrañaba gravísimos riesgos morales y era mejor evitar la visión perturbadora de su desnudez. Para la antigüedad, en cambio, el cuerpo era el fundamento principal del arte y de la vida, vestido o no.

El único desnudo que admitía la Iglesia feudal correspondía a la representación de Adán y Eva, obviamente inevitable. Pero era un desnudo tan famélico y escuálido, que nos resulta inconcebible aceptar que Adán y Eva, con esas cosas, hayan causado semejante alboroto en el Paraíso, por culpa del cual la humanidad arrastra hasta hoy la sinrazón de su ignominia.

EXPRESION DE LA EPOCA

En honor a la verdad, la Edad Media tuvo muchas virtudes, que, para Gustavo Cohen, constituyen una gran claridad de la historia. Destacaré de entre todas, el arte gótico, maravillosa creación del hombre que enriquece en grado notable la cultura universal.

MIGUEL ÁNGEL

Y

LA MELANCOLIA

EDMUNDO
RIBADENEIRA

Rodin dejó magnífica constancia de su profundo éxtasis estético, luego de embeberse contemplando esos encajes o poemas de piedra que son las catedrales góticas. Difícil creer, ciertamente, que tales monumentos arquitectónicos hayan sido construidos en una época como la Edad Media.

Ello, no obstante, no hace sino demostrar que la grandeza es intemporal, que el arte es intemporal, y que las obras artísticas no son sino el trasunto fiel de la época a la que pertenecen.

De ahí que no es conveniente hacer comparaciones entre obras de arte. No cabe, por ejemplo, considerar superior el arte clásico griego con respecto al de los pueblos primitivos, porque todo arte tiene el mismo valor y coexiste bajo un inalterable y objetivo signo de paridad, tan magistralmente explicado por Ernest Fischer.

Y, por eso, aunque la representación de Adán y Eva era por demás elemental y moralmente hasta el ridículo y la total falsedad, esa representación reflejaba las características propias de la época, el pensamiento dominante, el poder de la Iglesia, y vale como expresión de un contexto histórico irreversible.

CONCIENCIA INTELECTUAL

El Renacimiento surge como una de las épocas más revolucionarias y apasio-

nantes de la historia. Su impulso más poderoso proviene de Italia, donde asoman los primeros síntomas del capitalismo.

Italia era, entre los siglos XIV y XV, el país más progresista de Europa. En él, antes que en ningún otro, la industria comienza a desarrollarse en forma moderna; la burguesía en consecuencia, se fortalece; se produce en general, una conmoción social y económica profunda.

Al paso que la artesanía se transforma en manufactura, la técnica y la ciencia alcanzan niveles sin precedentes. La efigie de Claudio Tolomeo es reemplazada por la de Nicolás Copérnico. Desaparecen las nebulosas de la **terra incógnita** y el horizonte se abre hacia todo lado. Los argonautas portugueses y españoles siembran de banderas los confines del mundo, consagrando la victoria del sistema geocéntrico sobre el heliocéntrico.

Galileo funda la mecánica científica y la astrofísica, mientras los azufrados vapores de la alquimia se convierten en la yatroquímica. Gutenberg, al inventar la tipografía, liberó a las letras de la paciencia de los colígrafos, sacrificando la belleza increíble de los códices en favor de la ilimitada difusión del pensamiento.

Las ciudades volvieron a ocupar el lugar que les corresponde como factores decisivos de la civilización. De su florecimiento y renovada vigencia nacen las

monarquías nacionales italianas, contrapunto activo de la servidumbre y la Iglesia.

Se ha pasado, en fin, de una edad legendaria y heroica, a una científica y civil. El libre examen ha terminado por abolir la intransigencia y el autoritarismo. Lo que Zweig llamara "estado de conciencia intelectual", canaliza todos los hechos del Renacimiento. La sonrisa de la Gioconda, con su difusa significación humana, pone de relieve el escepticismo agudo del espíritu renacentista, réplica inasible al dogmatismo feudal.

LO NUEVO Y LO VIEJO

No podría decirse, sin embargo, donde exactamente acaba una época y comienza otra. Los procesos históricos suelen ser interactivos y la premonición del futuro se da en el mismo pasado. La Edad Media murió de su propia enfermedad, pero lo hizo como muere la semilla, transformándose en árbol.

Arnold Hauser cree que es por demás caprichosa la separación que se acostumbra hacer entre Edad Media y Renacimiento. La concepción del mundo —dice— naturalista y científica, constituye una creación del Renacimiento; pero el impulso hacia esta nueva orientación proviene de la Edad Media.

Por otro lado, el Renacimiento intensifica los efectos de la tendencia medieval hacia el capitalismo económico y social.

Toda civilización envejece al mismo tiempo que va gestándose en su seno el germen de una civilización nueva. En la relación Edad Media-Renacimiento, un hecho tan medieval como las Cruzadas determinó que, según Germán Arciniegas, la geometría plana se convierta en geometría del espacio.

Desde entonces, abiertas las puertas y ventanas del mar, aires desconocidos, incontenibles y potentes irrumpieron por toda Europa. El hallazgo de caminos nuevos en el vaivén de las olas marinas llevó a los grandes descubrimientos geográficos, mediante los cuales fue posible integrar la imagen universal del hombre.

Las especias, sederías y perfumes de Oriente fueron como la segunda manzana por cuya causa Adán y Eva volvieron a ser arrojados del paraíso. No obstante, el Renacimiento, si bien combatió mordazmente al clero, respetó a la Iglesia como institución inamovible.

Por lo mismo, pues, que dos épocas se compenetran agresivamente y pugnan por vencer o morir, a ciertos hombres representativos les toca montar a horcajadas sobre la línea teórica que las separa.

Por ser típico, recordaría el caso patético de Savonarola, hombre de absoluta conformación feudal, recio y fanático, para quien el Renacimiento era, en el fondo, pura corrupción de las costumbres.

Incrustado en una época que no era espiritualmente la suya, Savonarola desató una feroz campaña contra todo lo que fuera fruto de la cultura clásica.

El Dante, asimismo, previno con sus negros anatemas los peligros de la disolución renacentista. Para justificarle, bastaría el éxtasis carnal de Santa Teresa y la Beata Ludovica Albertoni.

Sólo por ilustrar un poco más cómo la transición histórica cobra víctimas ilustres, me permito recordar el caso del pintor Gros, cuyo suicidio más bien fue el asesinato cometido por el Gros romántico en la persona del Gros neo-clásico.

CIRCULO VICIOSO

Auténtico discípulo de Savonarola, Miguel Angel es un creador de motivos trágicos y mesiánicos. Su temperamento va muy bien con el transcurso dramático entre lo viejo y lo nuevo: en él también se produce una tremenda lucha entre la cólera y la indulgencia.

Leonardo, en cambio, supo guardar plena armonía con su tiempo, fue, mejor dicho, expresión cabal del Renacimiento.

La duda que lo domina, la dulce vaguedad de sus figuras nacen en línea directa del escepticismo renacentista, y constituyen marcados contrastes con las formas compactas y definidas que distingue a las obras de Miguel Angel, hombre de convicción religiosa, sólida y profunda.

Por supuesto, las ideas estéticas de Miguel Angel coinciden con el carácter del artista. "Digo —afirmaba— que la pintura debe considerarse tanto mejor cuanto más se acerca al relieve, y el relieve debe tenerse por peor, cuanto más se acerca a la pintura".

Decía que la pintura al óleo era buena para las mujeres y los perezosos.

Miguel Angel era, fundamentalmente, escultor. Pero era muchas cosas grandes a la vez, a pesar de sí mismo, y en esto no hace sino reflejar la prodigiosa multiplicidad creadora de la época.

Aquí, no cabe ninguna diferencia con Leonardo. Este, bajo el signo casi mágico y desde luego fecundo del **obs-tinado rigor** y del **bienetre**, acomete todos los trabajos posibles: es total en la concepción del mundo.

Miguel Angel no lo es menos: escultor, pintor, arquitecto, poeta. Configura el Renacimiento en su afán por recuperar el tiempo supuestamente perdido con la Edad Media: representa también la apoteosis de la energía vital.

Precisamente, esa energía arrolló a Miguel Angel hasta el último minuto de su vida. Presa de una exaltación frenética, encadenado a un furor continuo, poseído por una necesidad enfermiza de trabajar, el artista era víctima de un círculo vicioso, pues trabajaba para desahogar su tremenda fuerza interior, y ésta era mayor mientras más trabajaba.

Doyer lo retrata como una sombra esgrimiendo una espada de fuego, como un verdadero huracán, como el primer artista barroco y el primer romántico.

Se ha dicho que era capaz de esculpir montañas. Dominado por su locura genial, apenas se daba tiempo para comer y dormir. Inclusive, se acostaba vestido y calzado, todo lo cual incidía en la higiene personal del artista, que era, sencillamente, espantosa.

Era hombre rico, pero Miguel Angel se quejaba siempre de pobreza. "La economía es buena, pero la miseria es mala, es un vicio que desagrada a Dios y a los hombres", le escribía el padre.

Sin embargo, Miguel Angel se hundía inexorable y voluntariamente en la enfermedad y la pobreza.

Pero Miguel Angel sólo era mísero consigo mismo. No lo era con los demás, especialmente con los necesitados, a quienes les hacía llegar mucho apoyo económico de su parte, con la condición —que es característica de la generosidad

más auténtica— de que no mencionaran su nombre.

Graves dolencias físicas lo llevaron al sentimiento prematuro de su decrepitud, cuando tenía cuarenta y dos años de edad, la mitad de su larga vida.

Quebrantado malamente el cuerpo, se desmoronó su espíritu. Y entonces aparece, acentuándose cada vez más, el gusto por el sufrimiento: "mis placeres —decía— no valen un solo tormento".

Miguel Angel debió, ciertamente, sufrir demasiado, inmensamente. Así cayó en la melancolía incurable, que, para Emil Ludwig, es una "enfermedad de hiel negra", connotación de locura, tristeza honda.

No era pesimismo, concepto opuesto a la felicidad y la dicha, ni tampoco misantropía, tal vez sinónimo de desconfianza en el prójimo.

El mismo Ludwig sostiene que el filósofo alemán Schopenhauer era un pesimista entusiasta, mientras el cínico Diógenes, un misántropo sin melancolía.

Por mi parte, puedo evocar la tristeza de César Vallejo, que no era de concepto, sino de sentimiento: tristeza de indio avasallado por la conquista española, con nostalgia por la libertad perdida.

Miguel Angel, por el contrario, era hombre melancólico, había perdido la luz, su ánimo había sido atacado por un "inmotivado oscurecimiento".

Volviendo a Ludwig, las figuras de la Capilla Sixtina hablan con el idioma inequívoco de las confesiones del alma, el mismo lenguaje adolorido de los sonetos. La melancolía —explica finalmente el escritor citado— habita en el genio de la acción.

Stefan Zweig, en su magnífica obra sobre Romain Rolland, dice lo siguiente, refiriéndose a Miguel Angel:

"La melancolía fue el tono sombrío de todos sus sentimientos: nunca salió de su pecho limpiamente el llamado áureo de la alegría como tan a menudo sucedía con Beethoven (...). Era digno de lástima como hombre pero no como melancólico, porque personificaba la contradicción de un genio heroico y de una voluntad que no era heroica (...). Fue un hombre saturniano, nacido bajo el astro sombrío, pero que no luchaba contra su melancolía sino que la alimentaba con singular deleite..."

Y a propósito de Rolland, este extraordinario escritor francés concibió, para ejemplo y consuelo de los solitarios, de los deprimidos y desesperanzados, su serie de Biografías Heroicas.

"Vigoricémonos en su fuerza, y cuando nos sintamos débiles, descansenos a sus pies. Ellos nos consolarán. De sus almas se desprende un torrente sagrado de fuerza severa y de bondad poderosa".

No obstante, Romain Rolland confiesa al final de su biografía de Miguel Angel, las dudas que tiene acerca de si ha cumplido o no con las finalidades que persiguió a través de sus Biografías. He aquí lo que el inolvidable autor de Juan Cristóbal dice, que me permito transcribir in extenso:

"Al término de esta historia trágica, me siento atormentado por un escrúpulo. Me pregunto si, queriendo dar a aquellos que sufren, compañeros de dolor que los sostengan, no he hecho sino agregar el dolor de éstos al dolor de aquellos. ¿Debí pues más bien, como tantos otros, no mostrar de los héroes sino el heroísmo y tender un velo sobre el abismo de tristeza que hay en ellos?

"¡Pero no! ¡La verdad! Yo no he prometido a mis amigos la felicidad al precio de la mentira, la felicidad tampoco a todo costo. Les he prometido la verdad, aunque fuese a precio de la felicidad, la verdad viril, que esculpe las almas eternas. Es duro su soplo, pero es puro: bañemos allí nuestros corazones anémicos.

"Las grandes almas son como las altas cimas. El viento las bate, las nubes las envuelven, pero allí se respira mejor y con más fuerza que en otra parte. El aire tiene una pureza que lava el corazón de sus manchas. Y cuando las nubes se apartan se domina al género humano.

"Tal fue esta montaña colosal, que se elevaba por encima de la Italia del Renacimiento, y cuyo atormentado perfil vemos perderse a lo lejos en el cielo.

"Yo no pretendo de ninguna manera que el común de los hombres pueda vivir sobre esas cimas. Pero que un día en el año suban allí en peregrinaje. Renovarán el aire de sus pulmones y la sangre de sus venas. Allá arriba se sentirán más cerca del Eterno. Después, descenderán hacia la llanura de la vida, con el corazón templado para el combate diario".

No está demás decir que el propio Romain Rolland, al proponer, alrededor de Beethoven, Miguel Angel y Tolstoi —sus héroes del dolor— algo así como una "confraternidad de los solitarios de este mundo" y tratar de tender un puente de "hombre a hombre y de dolor a dolor", buscaba para sí mismo la consolución que quería para los otros.

Recuérdese que Rolland, a los treinta años, decidió recluirse en completa sole-

dad. Allí se dedicó a escuchar la voz de los tiempos, en cuyo fondo escuchaba, golpeada por la malaventura, la suya propia.

Para Pijoan, la misantropía de Miguel Angel tiene mucho que ver con su conciencia del deber. Ello es posible si consideramos que el artista dijo alguna vez estas palabras reveladoras:

"Si se pudiera morir de vergüenza, yo no estaría vivo".

A esa conciencia del deber, artístico y moral, sin duda, hay que añadir la que corresponde a una visión atormentada de la época.

En efecto, a su escultura titulada La Noche, le hace hablar de esta manera: "Es dulce dormir, y más aún ser de mármol. No ver, no sentir es una felicidad en estos tiempos de oprobio y vergüenza. No me despiertes. ¡Te lo ruego! ¡Habla bajo!"

Y la que corresponde también a su religiosidad, que le mueve a escribir estos versos:

"Llegado ya al fin de aquesta vida mía...
de la que hice al arte ídolo y monarca,
conozco bien cuánto en error vivía...
¡No más pintar, ni esculpir, ni condenarme,
el alma vuelta hacia el amor divino,
que abrió en la cruz los brazos por salvarme!"

El gran poeta español, Rafael Alberti, en su hermoso libro dedicado a la pintura, dedicó a Miguel Angel poemas car-

gados de un impresionante sentimiento de comprensión y solidaridad humana. Así, de este modo:

No las Gracias, las Furias, las frenéticas,
desesperadas Furias
te acunaron de niño. Fueron ellas
el Angel de la Guarda de tu sueño.

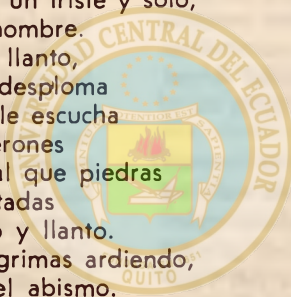
Clamó por ti el Señor,
te llamó por tu nombre allá en las cimas
en donde extraviado, antiguo y loco,
habla consigo mismo,
mordiéndose en voz baja su secreto.
—Miguel Angel —te dijo—. Y en tu mano,
cerrándole, lo puso.
Y tú la abriste.

Mirad aquí al violento,
al desnudo, al hambriento
de Eternidad.
Para él la Belleza
es la santa, la fuerte,
poderosa Tristeza
con quien a vida o muerte
lucha la Humanidad.

Mirad aquí al amado del rayo y la tormenta,
al pobre solitario de las olas,
al perdido del mar y de las playas.
Ved al arrebatado torbellino que se levanta a nube,
el ala del espíritu temible,
la tromba que se expande en los espacios,
los cubre, los inunda y los golpea
para descender humo incandescente,
lava de luz, ceniza alumbradora.

CARLOS FERNANDO
MOSQUERA C.

Aquí se sufre y llora,
se grita y llora y llora
como si hubiera el lagrimal del mundo
bajado a las entrañas
de un hombre, un triste y solo,
desamparado hombre.
Se precipita el llanto,
rueda, cae, se desploma
el llanto, y se le escucha
igual que goterones
de piedra, igual que piedras
cargadas, apretadas
de llanto, grito y llanto.
Vertiginosas lágrimas ardiendo,
sin luz, hacia el abismo.



AREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Pues bien: este hombre torturado, irascible, contradictorio, violento, magnífico, mísero, melancólico, solitario, gigante encorvado bajo el peso abrumante de su propio espíritu, feo y acomplexado; este hombre, todo él, íntegramente, se halla inmerso en su enorme obra, transfigurado en todo lo que hizo.

Lo está, fundamentalmente, en sus esculturas, género que Miguel Angel anteponía, por considerarlo connatural a él, a la pintura y la arquitectura, en los que, por supuesto, fue igualmente genial.

Hemos de respetar su elección que, además, cubre aquella distancia esencial del individuo, que va desde el nacimiento hasta la muerte.

Porque Miguel Angel decía, evocando a su nodriza, mujer de un picapedrero, lo siguiente: "en sus pechos mamé mi vocación".

Reconocimiento que enlaza muy bien con el sello de muerte que pone, obstinada y escultóricamente, a cada paso y huella de su difícil y pesado tránsito humano: "no nace en mí —decía— ningún pensamiento donde la muerte no esté, por así decirlo, esculpida".

Si, como se ha dicho, el escultor confiere alma a los cuerpos que crea, y si la escultura es, por lo mismo, el arte mediante el cual una materia se transmuta en un cuerpo, en contraste con la pintura, que sería únicamente apariencia, o sea, lo inalcanzable, entonces Mi-

guel Angel resulta ser, en mi criterio, el más grande escultor de todos los tiempos.

En el proceso creador a través de cuyas fases ascendentes la forma adquiere vida cualitativa en la misma medida en que va expresándose cuantitativamente, no cabe duda que Miguel Angel constituye un verdadero paradigma de la realización plástica.

Hermann Grimm opina en el sentido de que Miguel Angel desborda todo su temperamento en sus obras desahogándose estéticamente, unas veces gracias al movimiento que imprime a sus figuras, hasta ser "ímpetu explosivo", otras por la representación de la inmovilidad, hasta alcanzar el nivel de un "estado infinito".

Pero, en cualquier caso, las esculturas de Miguel Angel respondían a una concepción compacta y sólida del género, definitiva, si se me permite.

"Sólo son verdaderamente buenas —afirmaba— las estatuas que se pueden lanzar de una montaña abajo sin que se rompa ninguna de las partes esenciales. Lo que se hubiera roto, era lo superfluo".

Desde luego, Miguel Angel no pudo imaginar jamás las salvajes agresiones que su Moisés —que el profesor Freud

escudriñó con su linterna espectral— y su Pietá, sufrieran algún día. Seguramente las obras más bellas de su prodigioso repertorio escultórico. Donde se ve que hay hombres más duros y brutales que las escarpaduras de las montañas.

Para terminar y como resumen final, he aquí estas palabras de Vasari:

"Demostró su conocimiento en cuantas ramas del arte cultivó, al punto que no pudieron sobrepujarlo los especialistas en una sola de ellas. Realizó sus obras, tanto con el pincel como con el cincel, con una perfección casi inimitable, infundiéndoles tal gracia y vivacidad que, dicho sea sin ofender a nadie, ha sobrepujado y vencido a los antiguos y ha sabido dominar las dificultades con tanta facilidad, que sus trabajos parecen producidos sin esfuerzo, aunque luego los que quieren copiarlos encuentran grandes escollos".

Miguel Angel, "hombre de estatura mediana, ancho de espaldas, aunque ligero en sus movimientos; los ojos claros, de color córneo; la nariz aplastada por un golpe recibido en su juventud...", nació hace, más o menos, quinientos años: demasiado poco tiempo transcurrido en la perspectiva de una memoria que jamás tendrá fin.